

En real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO IMPORTANTE.

La reparticion del número del *Museo*, perteneciente al mes de la fecha, se retardará hasta principios de febrero próximo, por motivo de no haberse secado la impresión para poderlo estovar en máquina según está ofrecido. Para en adelante procuraremos adelantar la impresión, de modo que no vuelva á ocurrir este incidente.

LA CABEZA MISTERIOSA. (I)

III.

El Trovador y su dama.

La humilde iglesia que aun hoy día se vé en la Puebla de Mesía, y que la devoción de aquellos montañeses levantó en memoria de su patron san Cristóbal, no existía en el tiempo que acaecieron estos sucesos. La que entonces había estaba situada en el nacimiento de una gigantesca montaña; pero muy cerca de la torre, hacia el lado de Betanzos y casi donde ahora está la de santa María de Bascoy. Era un edificio cuadrangular que se elevaba como un gran prisma de arquitectura, y rodeado por detrás de montones de escombros que formando pequeños conos, se destacaban sin orden en aquel parage, llamado por los comarcanos, las ruinas de san Cristóbal.

Este deteriorado sitio, como todos los de esta naturaleza en aquellas tierras, originaba mil consejas estrañas de fantasmas y vestigios que en aquel siglo supersticioso todos las creían, y aun mas, sin verlas decían que las velan. Y esto no se crea que era por algun fin particular, sino porque efectivamente su medrosa imaginacion se las pintaba. Así es que de las ruinas de san Cristóbal se contaban tan estupendas y maravillosas leyendas, que ningun arquero de Mesía por muchos puños y valor que tuviera, se atrevía á llegarse á ellas á media noche. Pero entre todas, la que mas llamaba la atencion y la que mas confirmaban los comarcanos era la de que en la hora del crepúsculo vespertino, aquellas pirámides de añosas piedras, conforme la lóbreguez se aproximaba, se iban volviendo gigantes descomunales

que corrían en tumulto al derredor de la mutilada iglesia, agitándose vestidos de negro y blandiendo espadas de indecible longitud; metamórfosis tan inverosímil, que solo los comarcanos de entonces podían dar por verdadera. De este espíritu de supersticion aun hay vestigios en aquellas montañas; como se verá á la conclusion de esta crónica.

Serian, pues, las once de la noche del hermoso día en que acaecieron los sucesos que forman los dos capítulos que anteceden, ni una estrella brillaba en el firmamento, un viento impetuoso agitaba las ramas de los corpulentos robles y todo parecia presagiar una furiosa tormenta: era una noche propia para cobijar los quiméricos delirios de los supersticiosos comarcanos de la tierra de Mesía. De repente una figura de negro capuz se deslizó con la velocidad del rayo por el pequeño puente que hay entre las ruinas y el castillo, con direccion á las primeras. Y apenas hubo llegado al pórtico de la iglesia, cuando un apuesto caballero, saliéndola al encuentro, la tendió los brazos, y estrechándola con amorosa ternura, ambos se dejaron caer entre las ruinas, sirviéndoles de escaños estas.

—Amada luz de mis ojos! encantadora de mi corazón, dijo el doncel á la misteriosa figura del capuz, que despojándose de él, dejó ver el cuerpo mas elegante de muger, á la pálida luz de la brillante luna que de improviso apareció en el firmamento.

—Trovador de mi alma! amado mio: contestó la hermosa virgen; cuando terminarán estas entrevistas nocturnas para dar lugar á otras en que ni una palabra de dolor anublase nuestras frentes, y en que la luz del sol y los ojos de los hombres nos miren venturosos!

—Oh! no tardará mucho tiempo: te lo juré de corazón.—Lloras!

—No, esta lágrima que maquinalmente se desliza de mis ojos, es un tributo á la memoria de la amistad mas tierna, á la memoria del amador mas desgraciado....—Ah! de quien hablas?—De Macías.—Hamuerto!

—Si; su fermentido rival le atravesó á traicion de una lanzada.—Pobre Macías!

—Pobre, si, bien pobre por cierto!

—Y ella, Juan Rodríguez, que es de su adorada Elvira?

(I) Véase el número anterior.

—Segun acaba de informarme el que me comunico tan lastimosa nueva....

—Murió tambien á manos de Hernan Perez!

—No, es aun mas infeliz: está loca!

—Desdichada! —Mil veces sí.

—Plegue al cielo que la desgraciada suerte de esos dos amantes no tenga relacion alguna con la nuestra. Entre los dos habia un altar...

—Oh! sí, y cuando quisieron unirse mas y mas olvidando unos deberes tan sagrados, el altar se hundió en la lúchta, hundíendose tanto en la tierra, que dejó un hoyo para la sepultura del doncel de ese maldado don Enrique el Hechicero.

—Infeliz!

—Aun no hace tres meses que me separé de su lado, y quien me habia de decir lo que sucedió despues!

—Qué joven, y morir tan pronto!

—Oh! en eso se cumplió la predicion de un viejo astrólogo de Madrid que nos auguró á los dos un mismo porvenir: *morir jóvenes y desgraciados por amores*.

—Como tiembla tu mano si pronunciar esas palabras! —A nosotros tambien nos separa otra barrera, el amor de una muger poderosa.

—Es verdad. Muy triste se presenta nuestro mañana, empero el cielo compadecido de la pureza de nuestra pasion abrasadora, quiza bien pronto nos trazará otra senda mas brillante de gozes y de placeres, de risas y de amores.

Y no nos queda otro remedio para ser felices que apelar á Dios y al tiempo?

—Si! —Cuál? —Huir de estos sitios. —Oh! no! eso nunca.

—Ingrata! no quieres cambiar la calma que disfrutas en esa torre, por las zozobras y privaciones de la pobre querida de un trovador ambulante.!

—Angel de mis amores! mi adorado Juan Rodriguez no atribuyas á tal mi repugnancia en abandonar la torre de Mesia: no, yo te amo con todo el ardor de mi alma; estando á tu lado se realizan mis mas preciosas ilusiones de virgen. Oh! bien sabes si te quiero, cuando arrastrada por la fuerza de este amor de fuego que con tus trovas de ángel despertaste en mi corazon, olvido todo lo mas sagrado que hay y todo lo atropello por tí... Oh! sí, todo por tí, por mi eterno adorador!

—Bien, hermosa del corazon! Con enanto placer escucho esas palabras!... repíte otra vez esas expresiones capaces de enloquecer de amor al hombre mas insensible á su poder. Oh! tú eres para mí mas que los rios para el mar, la brisa para la rosa. Sin tu cariño mis cantos carecerian de ese sentimiento que enajena á los que me escuchan; mi vida se deslizaria como la del reptil, sin gozes y sin amores. Peste á la muger que en vano pretende sea suyo, tú siempre en mis brazos, ella siempre á mis pies.

—Juan Rodriguez!

—Mira, criatura celestial; es tan ardiente el fuego de mi amor, te adoro con tanta vehemencia

que no hace muchos dias que puse de hinojos en la cima de una de esas montañas, y clavando con afán los ojos en el cielo, como si al traves de su azulada superficie divisase una persona que me escuchase, el Ser Supremo; juré con toda la sinceridad de mi alma amarte hasta la sepultura y morir por tí. Oh! este juramento nadió me lo exijia; brotó de mi corazon como el perfume de una rosa; este juramento puro por sí mismo, es santo por que á Dios se lo han hecho mis ojos y á mi alma.

Y apenas habia acabado de pronunciar estas amorosas palabras el amartelado trovador, cuando un repentino trueno se dejó oír sobre ellos como si hubieran provocado al cielo; retumbando entre las rocas con borrisono fragor. El agua empezó á caer á torrentes, el negro firmamento parecia entreabrirse para arrojar mil rayos y cometas que desgajándose de las nubes eúlebresban por el espacio formando igneos surcos. Habia sobrevenido una de esas furiosas tormentas tan temibles en verano para los habitantes de nuestras montañas, porque aun que no suelen durar mas de una hora, devastan las campiñas y arruinan los debiles techos de sus casucas.

— Hermosa creacion, bella de mi vida... preciso es separarnos ya que el mismo Dios lo ordena. Hasta mañana, dijo el caballero de las ruinas posando sus labios sobre la frente de la aterrorizada hermosa.

—Adios; contestó esta cubriéndose con el capuz.

—Te acordarás en tanto de mí; Leonor?

—A cada instante.

—Me amarás siempre como ahora?

—Oh! sí; hasta la muerte.

Tales fueron las últimas palabras que pronunciaron los dos amantes al despedirse, y pocos momentos despues la hermosa del capuz salió de entre las ruinas dirigiéndose al castillo, y su amador por discante lado tambien se perdió entre la densa lobreguez de aquella terrible noche.

El trueno no cesaba de rebramar por intervalos, el relámpago brillaba tambien de tiempo en tiempo anunciando la salida de aquel, y el Marzoa que poco antes deleitaba con su monótono murmullo, dejó bien pronto oír un estrepitoso ruido semejante á el de las aglomeradas olas del Oceano que corren á impulsos del huracan hácia las rocas de la playa.

Muy cerca iba ya la incógnita belleza del castillo, sus pies tocaban ya las piedras del humilde puente que hay entre este y las ruinas, cuando una voz apenas inteligible la hizo quedar helada de estupor, clavada allí en el centro, como una de esas figuras de piedra que el arquitecto suele poner de adorno en algun puente. Tendió su vista la belleza al lado donde habia percibido aquel terrible acento, muy mas temible para ella que el del trueno, y á la claridad de un relámpago, distinguió á su lado la figura de un hombre gigantesco, que poniéndola una mano en el cuello como si pre-

tendiera ahogarla y sacando de entre los pliegues de su ropón una cortadora daga, se abrazó á ella con tanta fuerza como el sayón á la víctima que va á ahorcar; cayendo ambos sobre la baranda del puente, que siendo de madera muy vieja y no pudiendo por lo mismo resistir el peso de dos personas, se desprendió sobre el río precedido de aquellos dos extraños personajes.

IV.

Los dos rivales.

Juan Rodríguez del Padrón hacia muy pocos meses que dejara la corte de don Enrique III de Castilla, volviendo á su país donde á los pocos días de su llegada, fué visto en un torneo por doña Laura de Ribó y amado con delirio por la misma. Nada nos proponemos relatar de la vida de nuestro gallego trovador, de quien tantas biografías se han escrito, por parecernos superflua; y así siguiendo el hilo de la crónica, les diremos que el joven page de don Juan II demasiado conoció por las miradas de la castellana de Mesía el amor que esta le tenía; pero enamorándose en aquel torneo de la belleza que le presentamos al lector en las ruinas de san Cristóbal, no correspondió á la viuda de don Vasco, detestándola cuanto mas ella hacia por verle y hablarle de su afecto. Entonces doña Laura comprendió todo, comprendió lo que pasaba en el corazón del trovador ingrato á sus finezas; de modo que, cuando supo por un arquero de su castillo de Mesía, que todas las noches una muger saliendo de él con sigilo se dirigía á las ruinas á platicar con Juan Rodríguez, se alarmó tanto nuestra protagonista que determinó la muerte de su misteriosa rival. Gracias á la ambición de su primo pudo conseguirlo.

Hallábase la vengativa doña Laura en aquel momento de truenos y de rayos, de amores y asesinatos, paseándose quedamente de un extremo á otro de su magnífico oratorio. Estaba encendida una de las preciosas lámparas de plata del pequeño altar, y al reflejar sus pálidos destellos en la melancólica faz de nuestra hermosa dama, bien fácil le fuera conocer al mas torpe fisiognomista la lucha de pasiones que martirizaban su corazón, y la impaciencia tan completa que se revelaba en sus miradas y alterados ademanes. Sin embargo, tal vez algunos hubieran interpretado estas señales de inquietud y aflicción por el terror que le inspiraría el trueno que retumbaba con espanto, ó el lugubre sibido de los encontrados vientos entre las almenas de la torre.

Aquellos instantes de duda y de venganza, aquellos instantes en que una lucha de terribles pensamientos conmovía el alma de la castellana, columbrando tan pronto un porvenir risueño como triste, debía ser un combate terrible, muy terrible, para aquella muger que amaba sin ser amada

y que en aquel momento creía hallarse vengada de su desconocida rival. En vano se esforzaba por fijar su pensamiento en un porvenir de goces y de amores; porque una pesadilla atroz la abrumaba de tal modo que no pudiendo sostenerse en pié, se desplomó sobre un sillón mas triste y pensativa que nunca... aquella agitacion era superior á todas las fuerzas de su alma.

Hay horas en nuestra vida que nos creemos tan venturosos que no deseamos nada para completar la ventura que nos enagena; y sin embargo, sentimos aquí, en el fondo del alma, un pasar atormentador que por lo regular suele ser precursor de alguna desgracia. Pues en una de esas horas se encontraba entonces la señora feudal de Mesía, pretendiendo sofocar en vano aquel terrible dolor que le atarazaba el pecho. Se sentia feliz y padecía, tenia motivos para estar gozosa cual ninguna, porque se iba á ver vengada de una oculta rival, y de tiempo en tiempo alguna que otra lágrima deslizándose de sus ojos, atestiguaba lo contrario. Oh! tan solo Dios comprenderia aquella contradiccion de sentimientos.—Y á pesar de sus cuarenta años, vista en aquel momento tendida con voluptuosidad sobre el lujoso campé con los ojos clavados lánguidamente en el altar y tantos encantos en el rostro, cualquiera la tomaria por una de esas creaciones celestiales, fantásticas, que ideamos en nuestras ilusiones, prontas á evaporarse á las miradas de los hombres...

La campana de la torre gótica de Mesía dió la una entonces, y como si fuera la señal convenida para una cita, unos quedos pasos se oyeron cerca del oratorio. Al oírlos se levantó repentinamente doña Laura, corrió á la puerta y un hombre envuelto en una capa negra bastante larga y ensoñado de agua, con las facciones alteradas y el mirar de tigre, se presentó á su vista, entrando en la sagrada estancia. Nadie hubiera dicho que aquel era el pacífico hidalgo de Coderoso.

Don Lope...? balbuceó doña Laura tendiéndole los brazos, y no pudo seguir por que el dolor que antes sentia se hizo mas grande, lastimándole el corazón hasta el punto de no dejarla hablar, oprimiéndole la frente como si tuviera una corona de hierro.

El de Senrra como si adivinara lo que la infeliz señora iba á preguntarle, la dijo:

—Tomad, rayo del cielo; ahí la tenéis...! y le presentó al decir esto, asida por los cabellos, una cabeza de muger que chorreaba sangre.

Se la arrebató la castellana con frenética alegría, acercóse á la lámpara que alumbraba tan horrorosa escena, anhelando por momentos conocer quien fuera la rival por quien el trovador la habia despreciado, y devorando con sus chispeantes ojos las facciones de aquel rostro ensangrentado... ¡mi hija...! condenacion...! gritó aterrada, y con la mas reconcentrada rabia, y un vértigo de dolor la hizo quedar en un parasismo tal, que dió consigo sobre el pavimento del oratorio, quedando

do tan lumóvil como la roca que se desprende de la cima de una montaña y rueda hasta la llanura.

V.

Conclusion.

Cuenta la tradicion que doce dias despues de esta sangrienta noche, los habitantes de la comarca rendian pleito homenaje á don Lope Diaz de Serrra, reconociéndole por señor absoluto y pariente mayor de la casa solariega de Mesta, y que segun costumbre antigua, en la misma sala se encontraba el ataud que contenia el cadáver del que dejaba de serlo. La que dormia allí el sueño de la eternidad era una muger rubia que aun despues de muerta parecia hermosa.

Tan luego como nuestro trovador supo la desastrosa muerte de su querida, y conociendo que para él ya no podia haber felicidad en la tierra, tomó el habito de fraile en el convento de san Francisco de Herbon (1) que aun se conserva en la antigua villa de Fria Flavia (2) de donde era natural; componiendo entonces aquella cantinela suya que empieza:

Ham, ham, ham, haid que rabio...

y que tan bien revela la desesperacion que devoraba la existencia del desgraciado doncel, tan amigo de otro no menos desgraciado por amores, cuya historia tambien ha escrito el malogrado Larra.

Cualquiera de nuestros lectores que tenga ocasion de pasar alguna vez por la mezquina puebla de Mesta, verá en frente de los desmoronados paredones de la torre, una humilde choza sin mas ventana que una y en la que suele estar continuamente sentado el sastre de mas nombradía en la comarca, el viejo Juan Galcher. Este mismo montañés pretende ser descendiente del conserje de la torre que tambien tuvo su parte en esta crónica, y no hay forastero ni comarcano que le pregunte algo sobre ella á quien no se la cuente el tal cronista de todos los sucesos de la jurisdiccion, poniendo como el hombre mas honrado del mundo á su difunto antecesor; y añadiendo ademas que todas las noches, una cabeza ensangrentada de muger se agita entre sus sombras, rodando por los escombros, brillando como un meteoro á fuerza de ser tan coja, y cuyos ojos de fuego hielan de espanto y penetran en el corazon haciendo caer á uno como muerto.

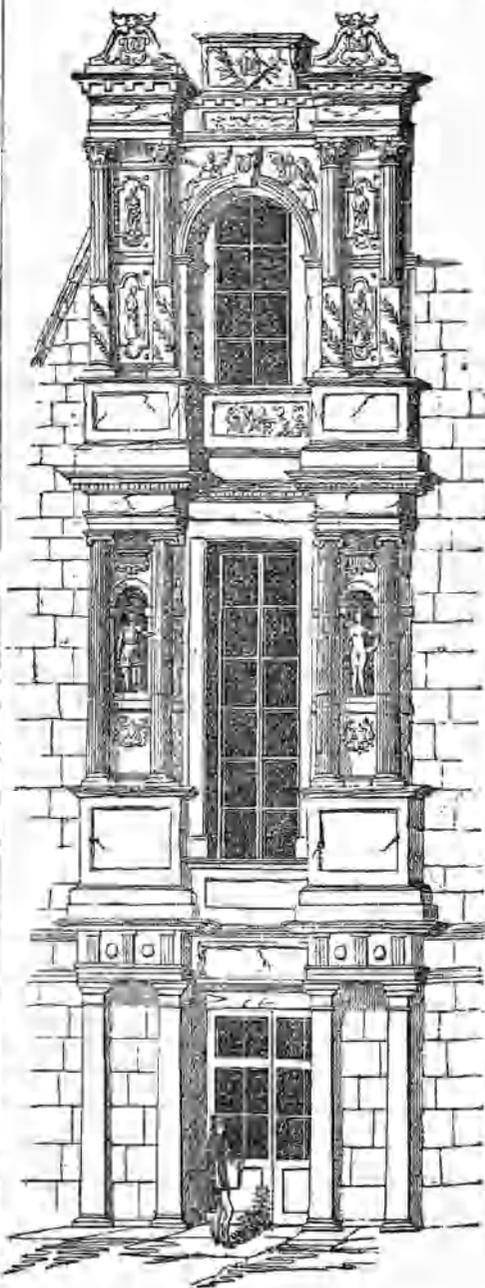
BENITO VICETTO Y PEREZ.

DIANA CAZADORA.

En tiempo de Enrique II, en Francia, existia el famoso castillo de Anet, célebre por haber

(1) Hisiórico. (2) Padrón.

sido mansion de Diana de Poitiers favorita del monarca. Este castillo llegó á ser tambien el de-



pósito ó Museo mas completo de bellas artes en su época, brillando entre todas las obras, las del celebre escultor Juan Goujon.

En tiempos de la revolucion se vendió públicamente como finca nacional y fué demolido para aprovecharse sus poseedores de los materiales con que estaba construido. Ningun respeto mere-

vieron las bellisimas obras del arte que guardaba aquel castillo y solo hubo un hombre que salvó algunos restos del pico destructor de los obreros. Mr. Lenoir fundador del Museo de monumentos franceses, reunió entre otras varias obras, los trozos del bellissimo grupo que representa nuestro grabado y que puede admirarse hoy en el Museo, en la sala de las esculturas francesas. Esta escultura fué destrozada con objeto de arrancar los tubos de bronce y plomo de que estaba atravesada para conducir aguas á una fuente; porque despues de haber servido para decorar el frontispicio del patio principal fué mas tarde empleada para coronamiento de una fuente. El artista represento en su obra á Diana reclinada graciosamente sobre un ciervo, y acompañada de sus perros Procyon y Sirias. La posicion de la diosa es seductora, llena de abandono y puede decirse que el conjunto de esta produccion de la escultura, es de lo mas bello y perfecto que puede desearse. No creemos debia temer entrar á concurso con las hermosas estatuas de la antigua Grecia.



CUATRO CABEZAS POR UNA.

A fines del reinado de Enrique II, una noche que rugia la tempestad y caia á torrentes el agua, inundando y haciendo intransitables las calles de la buena villade Paris, llamaba un jóven á la puerta de una casa apartada del centro. Apenas abrieron pidió con la mas grande cortesia que le permitieran descansar un rato, con objeto de aguardar á que aplacase la lluvia, y de poder atravesar las calles. Llevaba algun tanto desordenados los vestidos y manchados de lodo; pero á pesar de esto, como pareciesen distinguidas sus maneras, y se producía con soltura y comedimiento, accedieron los de la casa á su demanda, con tanto mas motivo y buena voluntad, cuanto que dijo sellamaba Lam-

bert, y este era precisamente el nombre de un comerciante muy acreditado y conocido en todo Paris, que tenia la costumbre de habitar en una casa de campo distante algunas leguas de la villa.

Al dia siguiente envió á dar las gracias á los dueños de la casa que le concedieron albergue; enviando al mismo tiempo unos chales y unas flores para la señorita. Aceptaron las flores y no admitieron el obsequio de los chales. Algunos dias despues el señor Lambert volvió á hacer una visita que acogieron muy bien, y mas despues las repitió, y llegó el caso de pedir en matrimonio la mano de la señorita que le fué prometida; mas él despues de haberse introducido en el seno de aquella familia bajo tan brillantes auspicios, desapareció súbitamente despues de abusar con villanía de la confianza que en su fé pusiera la jóven. Mucho

tiempo pasó sin adquirir noticias de su paradero, hasta que la casualidad hizo que lo encontrara un día el hermano de la que había seducido; este hermano profesaba en la carrera de las armas y le propuso un duelo que no quiso aceptar; entonces le provocó públicamente, y cuando se dirigían al lugar designado para el combate, Lambert hirió traideramente a su adversario por la espalda.

Aunque herido de muerte, tuvo el soldado tiempo antes de espirar, para denunciar el nombre de su asesino. Inmediatamente se personó la justicia en casa de Lambert, que era harto conocida, y aunque sorprendidos de encontrarle sentado tranquilamente á la mesa y comiendo con su mujer y sus hijos, y no obstante las protestas de su esposa y de los criados que aseguraban hacia dos días que no había salido de casa, fué declarado preso y conducido al Gran-Chatelet de París.

Su familia y sus amigos se esforzaron increíblemente para probar su inocencia y no escaseaban ni las visitas á los jueces ni medio alguno que pudiera servir á su justificación; pero en aquellos momentos París entero se ocupaba de otra cosa, de juegos y fiestas: los tribunales tenían vacaciones y los jueces no paraban en casa. Celebrábase á la sazón las bodas del señor de Saboya con Margarita, hermana del rey Enrique II.

Después de las danzas y festines, hizo proclamar el rey, justas para el último día de junio, anunciando que él mismo tomaría parte en el torneo, y cuando llegó aquel día se hizo armar y poner el capote por el señor de Biellvida, en ausencia de Brisy, gran escudero de Francia, y al que por su cargo pertenecía dicha honra.

Según el uso de estos tiempos, y la costumbre y leyes del torneo, debía el rey como mantenedor de las justas, sostener tres encuentros distintos y cada uno con diferente caballero. El primero que se presentó en la arena, fué el señor de Saboya, á quien el rey, así que lo divisó, aunque les separaba gran distancia, le recomendó que procurase sostenerse bien sino quería medir con su cuerpo la arena; en efecto del primer encuentro le hizo caer de bruces sobre la cabeza de su palafren y así se á ella para no venir al suelo, y reponerse en la silla. El duque de Guisa fué el segundo que se presentó y no con mejor fortuna que el primero. Ultimamente el tercero que debía correr con el rey, era el joven conde de Montgomery, teniente del duque de Loges, capitán de guardias y padre suyo. Este joven no creyó en su honra dejarse vencer fácilmente, y por pura cortesía, del rey, que era sin embargo diestro justador, y así es que habiéndose lanzado uno contra otro con igual ímpetu y brios, rompieron contra sus pechos las lanzas que saltaron en mil astillas, y tan violento fué el choque, que faltó muy poco á Enrique, para verse derribado del caballo.

El rey que daba mucha importancia á vencimientos como este, exigió al joven duque revan-

cha del primer encuentro, á pesar del uso que prescribía que después de romper tres lanzas el mantenedor de la tiza dejase libre el campo á otro paladín. Jamás había ejemplo de una infracción tan solemne de las leyes de las justas, y en vano los jueces del campo se esforzaron en manifestarle que ambos rivales habían quedado sin ventaja, que su honor estaba igualmente asentado, y que daba ocasión para que se disgustasen los dos precedentes acometedores, al ver que solicitaba del de Montgomery, lo que ellos quisieran solicitar de él. Pero Enrique insistió sin atender á las prudentes reflexiones que le hacían, y de su orden callaron todos, y en medio del mas profundo silencio, tomaron campo los dos adversarios por segunda vez.

Nada hubiera tenido de singular que el conde de Loges cediese ventaja al rey en el primer encuentro que había sostenido; pero pensó que no habiéndolo hecho así, no se achacaría á corteza ceder en el segundo, de manera, que no trató de ocultar que tomaba todo el continente mas firme que le era posible, abrazando fuertemente su lanza como quien se dispone á sostener un choque formal y violento. El rey por su parte, no dejó tampoco de mostrar señales evidentes de cólera y resentimiento. La inquietud y el sobresalto de los espectadores fué tan vivo mientras los dos campeones cruzaban el espacio que los separaba, que las trompetas que hacían la señal de partir á la carga, en vez de continuar durante la carrera como se acostumbraba siempre, cesaron de sonar en el momento de dar aquella. El rey y el joven se precipitaron furiosos uno contra otro; las dos lanzas saltaron hechas pedazos al primer encuentro; pero el duque de Montgomery en vez de arrojar la astilla que le quedó en la mano, sacudió un golpe con ella en la visera del casco de Enrique y rompiendo por aquella, se la clavó en un ojo. Esta trastornado con el dolor de la herida, cayó sobre el cuello de su palafren al que se abrazó, mientras que corría hasta un extremo del circo en que lograron detener los escuderos. Casi moribundo lo trasladaron á su lecho; los facultativos le hicieron sufrir grandes padecimientos para sondear la herida, sin alcanzar con su ciencia medio ni esperanza de salvarlo, y sin conseguir alivio alguno para el desventurado príncipe. En tan apretado trance decidieron sacar de la consellería del palacio y del Gran-Chatelet, cuatro criminales acusados de asesinato con pruebas que pareciesen evidentes, á los que se cortaría las cabezas para herirlas después con el tronco de la lanza, de la misma manera que fué la del rey, con objeto de estudiar en ellas el mal que había causado en la del monarca.

Entonces los parientes de Lambert, adquirieron y presentaron pruebas irrecusables de que el asesino, por cuya causa se le perseguía, era un miserable que para introducirse con mas facilidad entre las víctimas que escogía, se había subroga-

do un nombre que no era el suyo; pero cuando llegaron era ya tarde, porque fué Lambert el tercer decapitado.

El rey Enrique II murió al cuarto día de su herida, el 10 de julio de 1189.

UNA ÚLTIMA ENTREVISTA.

(1259.)

ISTORICO.

Vestido con un hábito religioso, acostado entre ceniza y con las manos cruzadas sobre el pecho aguardaba su cercano fin, el emperador Teodoro Lascaris. Reconciliado con Dios, preparado para el momento solemne de comparecer ante su tribunal, y sobre todo disgustado de las grandezas humanas, tendiera alborozado sus manos á la muerte, sino se acordase de su hijo Juan, pobre niño de nueve años, y cuya débil cabeza presumía habia de sucumbir, al cubriría con la pesada diadema de Nicea.

Lloraba el emperador por su hijo, porque le era necesario invocar en su auxilio, una mano fiel y poderosa que sostuviera la diadema en sus sienes, y porque volviendo la vista en torno suyo para buscarla, no hallaba mas que enemigos.

Jorge Apocólita no podía haber olvidado que por mandato del emperador habia sido azotado como un esclavo. Musalon se acordaria de que habia sido lanzado del consejo á puntapiés, y Miguel Paleologo... Oh! si olvidase una funesta noche... él la olvidará porque solo esta vez fué cruel con él. Miguel será generoso. Llamad al punto, dijo el emperador, á Miguel Paleologo.

Uno de sus guardias salió, volviendo al cabo de un rato acompañando á Miguel.

La noche habia tendido sus sombras, una sola lámpara prestaba una luz que agitada por el viento, alumbraba débilmente la estancia del emperador; dos mugeres y un sacerdote le asistian y se mantenian á su cabecera; les hizo una seña para que se alejasen, y quedaron silenciosos, solos y mirándose cara á cara estos dos hombres. Miguel Paleologo y el emperador.

Este último rompió por fin el silencio.

—Miguel, le preguntó, tú me aborreces?

—Sí.

—Y sin embargo, apesar de que estoy de ello convencido, á ti es á quien llamo en mis últimos momentos para reclamar un favor, un beneficio inmenso.

—Es que ninguno otro podria acordártelo.

—Miguel, yo nunca te he querido mal, siempre te he amado, bien lo sabes.

Una sonrisa incrédula é irónica, brilló en los labios de Miguel.

—Oh! Miguel, no juzgues demasiado severamente mi conducta respecto á ti! Si un día solo rehuses, (Dios y los santos de semejante desgracia te preserven), conocerás hasta que punto es excusable el que te hiciese aprisionar, cuando sin

cesar estaban diciéndome al oído: «ambiciona tu corona, conspira contra ti, es joven, elocuenté, amado de los soldados...» Pero déjame acabar porque los instantes son preciosos. Escucha, voy á morir y dejo un hijo, un pobre niño sin socorro y sin apoyo. Mira, este es el decreto en que te nombro su tutor en participacion con Musalon. Aceptas este encargo?

—Lo acepto.

—Y me juras sobre mi lecho de muerte y delante de Dios que nos escucha, que seras para mi hijo lo que un padre tierno y delicado?

—Escucha:

Mañana mientras se celebren tus funerales, haré morir á Musalon y su familia, para quedar yo solo y único tutor de tu hijo. Ocho dias despues encerraré á Juan en un calabozo á las orillas de la mar; pasado un año le mandaré sacar los ojos con un hierro encendido....

El emperador, reuniendo sus debilitados ánimos y con el mayor esfuerzo, se arrojó fuera de su lecho para atrastrarse hasta los pies de Paleologo.

—Gracia, exclamó, compasion para mi hijo! Satisface tu venganza en mí, atraviésame con tu espada, pero ten piedad de él!

—Que te hiera con mi espada cuando dentro de una hora habrás dejado de existir? seria haber te demasiado favor.

—Oh! piedad! yo te lo suplico.

—Teodoro Lascaris, Dios es justo. El calabozo en que gemirá tu hijo, será el mismo en que tú me hiciste gemir durante tres años, y el hierro encendido que vaclará el hueco que llenan sus ojos, será el de que tú te servistes para hostigar los gatos salvajes que devoraron á mi hermana, encerrada por orden tuya en un saco lleno de estos animales.

—Pero un niño inocente!

—Tambien aquella era una muger inocente.

—Y que crimen á cometido?

—Y cual fué el crimen de mi hermana? No querer entregar su hija en matrimonio á tu favorito Musalon! Tu quebrantaste entonces un corazón de madre, quebrántese ahora el tuyo de padre! Tu sentenciaste á muerte á una muger, yo á un niño.

—Pero bien, aun soy yo el emperador. A mí guardias!

Miguel puso el pie sobre la garganta de Teodoro y ahogó sus gritos.

—Silencio, cadáver! no sabes que un emperador cuando está espirando no reina? Pero á que estorbarte el grito? Nadie acudirá á tus voces y si alguien llegase á una seña mía te escupirian al rostro.

Un momento despues se sentó tranquilamente á la cabecera del lecho del emperador, y pasó una hora entera sin que turbase el silencio nada mas que el estertor del moribundo.

De pronto cesó el estertor y un movimiento convulsivo agitó los hábitos que cubrian á Teodoro. Miguel entonces se inclinó sobre el cadáver,

sacó de su pecho el decreto del emperador nombrando tutores de su hijo á Miguel Paleólogo y Musalón.

—Soldados, gritó, el emperador ha pasado á mejor vida; desde hoy, á mi es á quien teneis que obedecer porque soy yo el regente del Imperio de Nicea. Estas fueron las últimas voluntades del emperador.

Viva Miguel Paleólogo, aclamaron todos á un tiempo.

Al día siguiente en los funerales del emperador fué asesinado Musalón y un año después en un castillo de las orillas del mar, sacaban los ojos á un pobre niño que no podía ofrecer la mas leve resistencia á sus verdugos.



EL ROBINIERO,

CONOCIDO EQUIVOCADAMENTE CON EL NOMBRE

de *Acacia*.

Los botánicos no designan con el nombre de acacia al mismo árbol que la generalidad de las demas gentes. La acacia entre ellos es un árbol cuya rama tiene hojas dobles, singularidad que ninguno otro ofrece, y la dan el nombre de Robiniero derivado del apellido de un profesor de botánica de Paris á principios del siglo XVII, llamado Juan Robin, que fué el primero que la introdujo en Europa haciendo venir semillas de la América septentrional. El árbol plantado por este profesor, existe aun en los bosques del Jardin Botánico de la capital de Francia; y el primero que nació en Europa, existe tambien plantado en

los jardines del archiduque, no obstante que parece haber sido en distintas ocasiones el blanco á que van á parar las emanaciones eléctricas. Su corpulencia es enorme comparada con la de los demas vastagos que se han estendido rápidamente en todo el continente Europeo.

La suplantada acacia, debe su aceptación y el ocupar un sitio distinguido en los paseos y jardines, á la elegancia de sus ropages, á la belleza de sus flores y al agradable perfume que despiden; sus hojas tienen un sabor muy grato y son de excelente alimentación ya sean verdes ó secas, para los animales domésticos. Su tronco duro y compacto es algo amarillento esteriormente, y tiene el corazon ligeramente vetado.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.